

**Söding, Gerardo José**

*Umos "una misión" p*

En:

100 años de la Facultad de Teología : memoria, presente, futuro  
Pontificia Universidad Católica Argentina, 2015

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización de los autores y de la editorial para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Söding, Gerardo José. Umos una misión [en línea]. En: 100 años de la Facultad de Teología : memoria, presente, futuro / Coordinado por José C. Caamaño, Juan G. Durán, Fernando J. Ortega y Federico Tavelli. Buenos Aires : Agape, 2015. Disponible en:  
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/investigacion/epilogo-somos-mision-soding.pdf> [Fecha de consulta: ...]

alguien cuando lo amamos; o también la palabra que de Dios viene hacia nosotros a través de una palabra humana gracias a la cual se despierta en nosotros algo del verdadero deseo. Entonces *Dios es aquello que habita la palabra, para que la palabra humana permanezca abierta a ese don primero e inaferrable* sin el cual estaríamos ya muertos bajo la ley de la violencia... Lo mejor que podemos esperar es que, siguiendo Su ejemplo, lleguemos a hablar divinamente a aquellos que encontramos y a nosotros mismos. Así tendremos la oportunidad de ser prójimos de Aquél que quiere que todos los hombres se salven”.<sup>13</sup>

He aquí entonces la palabra-relación, creadora del vínculo vivificante para una humanidad humilde. La teología puede mostrar entonces que, con su pensamiento, su discurso y su testimonio, ella es capaz también de enriquecer la experiencia humana en cuanto tal a través del Evangelio, entendido y anunciado como acontecimiento no sólo religioso sino también antropológicamente significativo: “*el acontecimiento de la palabra que despierta la relación*”. Queridos estudiantes y profesores: no sé si he llegado a transmitir en mis ideas y palabras lo que me propuse al inicio de esta reflexión: que nuestro estudio serio y esforzado de la teología se realice siempre en la admiración, y nos conduzca siempre más hacia un hablar divinamente a nuestros hermanos con la Palabra-don, aquella que, haciéndonos humildes como ella es humilde, nos comunica la Vida en abundancia, para que, a la vez, nosotros la comuniquemos, creando así vínculos que nos permitan esperar.

Es mi deseo más profundo en este inicio del año académico 2011. Muchas gracias.

<sup>13</sup> M. BELLET, *Si je dis Dieu*, en *Etudes* 4035, Noviembre 2005, 523-529.

## Epílogo

### Somos una misión

GERARDO JOSÉ SÖDING

Estamos en una periferia en “el sur del Sur”, en “el fin del mundo”, como dijo nuestro papa Francisco, y en una encrucijada, donde *todo* converge y se dispersa siempre de nuevo, en y entre nosotros.

La celebración del Centenario de la Facultad nos invitaba, más aún, nos apremiaba – sin poder detenernos, porque el trabajo cotidiano debía continuar – a recordar para reconocer, agradecer, pedir perdón y ofrecerlo, discernir y renovar nuestro deseo y compromiso con la misión.<sup>1</sup>

Pero, ¿quién es, quiénes somos este “nosotros”...? Cien años son demasiados para cualquier empresa humana que pretenda ser acompañada, conducida y controlada íntegramente por sus iniciadores. Como una catedral medieval o una nación moderna, los inicios de esta Facultad ya centenaria portaban un germen y estaban grávidos de un impulso que llevaban, debían llevar, mucho más allá – más lejos, más grande, más hondo, más alto... – de los horizontes que sus mentores podían vislumbrar. Por eso su “nosotros” se ha dilatado tanto en estos cien años, hasta incluirnos hoy.

Ya no somos sólo el Seminario Metropolitano en cuyo seno las Facultades de Filosofía y Teología fueron inicialmente instituidas; ni la Compañía de Jesús que tuvo a cargo su conducción en la primera mitad de su historia. Ya no somos sólo el clero de la Arquidiócesis de Buenos Aires que asumió gradualmente en pocos años la Facultad “refundándola”, ni la Universidad Católica Argentina a la que se incorporó

<sup>1</sup> Este epílogo no pretende ser original ni exhaustivo; a partir de los discursos inaugurales de los últimos Decanos y de los aportes de este libro, quiere simplemente recoger y componer, como una “rapsodia”, ciertos temas y armonías que nos ayudan a leer e interpretar nuestro canto de alabanza por la obra del Señor entre nosotros.

en una relación compleja. Ya no somos sólo la Conferencia Episcopal Argentina que la reconoció y asumió como propia, ni la Santa Sede que la aprobó y siguió desde sus inicios. Ya no somos sólo la Iglesia del Concilio, de Juan XXIII y de Pablo VI, o de Juan Pablo II y de Benedicto XVI. Ya no somos sólo los ávidos lectores contemporáneos de Teilhard, Blondel, Zubiri, Maritain, de Lubac, Rahner o von Balthasar.

En familia, ya no somos sólo Pironio, Mejía, Gera, Tello, Giaquinta, García, Maccarone y muchos que ya gozan – así lo esperamos – de la visión de lo que creyeron, amaron y esperaron; lo que nos comunicaron con el servicio de su vida y de su teología en el lugar de siempre, el más que centenario edificio de nuestra sede en Villa Devoto. Ya no somos sólo Ferrara, Durán, Marino, Briancesco, Rivas, Galli, Ortega... con los que vive y crece entre nosotros el germen y el impulso que nos lleva. Ya no somos sólo María Elena o María Angélica y Silvia en la Secretaría y la Administración. Ya no somos sólo los alumnos que pasaron por las aulas con tantos intereses y búsquedas, con orígenes, historias y carismas tan diversos...

Somos desde ellos y con ellos, una misión.<sup>2</sup>



María Elena Basaldúa



María Angélica Arana



Silvia Diaz

<sup>2</sup> "La misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme. Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo." FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 273.

Desde ellos y con ellos se ha ido conformando *un estilo*, se ha ido delineando *un perfil específico* de "nuestra" Facultad que, en palabras de sus últimos decanos, es *integrador*. Heredamos y recreamos *una peculiar tradición* teológica, una unidad plural a partir de un núcleo común, que presta una atención simultánea a lo clásico *y* a lo moderno, lo universal *y* lo particular, lo eclesial *y* lo secular, lo científico *y* lo espiritual, lo doctrinal *y* lo pastoral, lo positivo *y* lo sistemático, el pueblo fiel *y* el magisterio, la investigación *y* la docencia, la historia *y* la actualidad, la identidad *y* el diálogo...

A partir de su fundamento en el Dios unitrino manifestado y comunicado por Jesucristo en el Espíritu Santo, la fe católica ha sentido siempre la necesidad de acoger e interpretar el "y" (*et*) que la caracteriza. Pero integrar no es, simplemente, yuxtaponer órdenes de la realidad o del concepto. La atención simultánea a lo uno *y* lo otro pide articular con infinito respeto y santa audacia los lenguajes de la analogía *y* de la paradoja, sin poder jamás resolver en ideas o palabras, en imágenes o estructuras intelectuales el Misterio siempre excesivo de Dios *y* del Hombre, entrañados desde el principio.

En su Carta con ocasión del Centenario de la Facultad en el cincuentenario del Concilio, el papa Francisco actualiza esta visión y renueva este pedido. En primer lugar volviendo su mirada a aquel acontecimiento eclesial: "el Concilio Vaticano II ha sido una puesta al día, una relectura del Evangelio en la perspectiva de la cultura contemporánea", que "ha producido un movimiento irreversible de renovación que viene del Evangelio." Doble fidelidad, por tanto, al Evangelio *y* a la cultura contemporánea. En segundo lugar, mirando al presente de la teología en la Facultad: "ha de estar basada en la Revelación, en la Tradición, pero también debe acompañar los procesos culturales y sociales, especialmente las transiciones difíciles. En este tiempo, la teología también debe hacerse cargo de los conflictos..." Se trata de la misma doble fidelidad, que ha de encontrar aquí su especificidad en la forma de la teología. En ambos casos, la mirada del Papa sobre lo que el Concilio ha hecho y sobre lo que la teología, nuestra teología, debe hacer, es integradora.

¿Cómo seguir adelante, entonces, siendo fieles a este estilo integrador de nuestra tradición?

Al volver nuestra mirada al pasado, reconocemos que quienes hicieron la historia que nos hace oraron, pensaron, compartieron y ofrecieron tanto... Con mucho trabajo y gran sacrificio abonaron esta tradición. Ellos gustaron, padecieron y comunicaron las cosas

divinas y humanas que hacen al hombre humano, humilde, creyente, sabio y, a veces, también teólogo. Ha sido éste un tiempo nuestro para redescubrir desde sus huellas *algunos trazos* del estilo que ha de configurar también nuestra misión hacia el futuro.

Nos recuerdan que, en la lógica inaudita de la Encarnación, desde la Anunciación hasta la Eucaristía, *el tiempo y la historia de los hombres* ha pasado a ser una dimensión de Dios, es decir, no sólo el escenario de un drama de salvación, sino la trama de una Alianza inquebrantable entre el Absoluto que “se ata” y su criatura a la que “libera”. Por eso, la vulnerabilidad de la condición humana, de los hombres en concreto y en especial de los pobres, y la contundencia irreductible de los hechos y las palabras (con su sentido) deben ser integrados.

Así se han integrado en nuestra teología, a partir de las fuentes, manando de los textos bíblicos (estudiados y enseñados sin temor al rigor de la crítica histórica y con mirada creyente), la creación del curso de “Orígenes cristianos” y la insistencia en la Historia de la Iglesia, en especial Latinoamericana y Argentina. Más aún, arriesgando en cada presente, con la lectura de los “signos de los tiempos” el ejercicio de su dimensión profética: auscultar la presencia/ocultamiento y el paso del Dios unitrino en los acontecimientos y procesos históricos.

Desde las fuentes y la historia, nuestra tradición integra también *el momento sistemático*. La sólida herencia tomista, con su visión realista y unificada de la *sacra doctrina* ofreció y ofrece una base para la circularidad y servicio mutuos de la filosofía y la teología; la primera no sólo como propedéutica o *ancilla* de la segunda, sino ambas llamadas a trascenderse, a partir del diálogo entre la fe y la razón, en una sabiduría del amor. Así se manifiesta, por ejemplo, en la progresiva cualificación de los cursos de Humanidades y Filosofía, en la original delimitación y relación entre los tratados de Teología filosófica, Filosofía de la religión y Teología sistemática (Fundamental y Dogmática), en la insistencia en las “Síntesis” filosófica y teológica del 1<sup>er</sup> Ciclo y en las varias y fecundas experiencias de Cursos y Seminarios Inter-cátedras e Inter-facultades.

La particularidad de lo histórico y la universalidad de lo sistemático manifiestan su verdad concreta en *el momento pastoral*. Nuestra tradición lo integra decididamente a partir del Concilio Vaticano II, que quiso llamarse con ese adjetivo, un Concilio “pastoral”. Así, desde la creación de la cátedra de Teología Pastoral, pasando por la recepción latinoamericana y argentina del Concilio y de todas las

instancias del Magisterio pastoral posconciliar, en fidelidad crítica y creativa a la vida de la Iglesia en su misión evangelizadora. Esta dimensión pastoral ha excedido generosamente la enseñanza en los cursos regulares, manifestándose sobre todo en las actividades de extensión y de investigación (personal y grupal), que han fructificado en múltiples publicaciones. Especialmente significativa en este sentido ha sido la creación de la Cátedra de Teología Argentina.

*Las dimensiones moral y espiritual* no sólo se integran como inspiración teologal en todos los momentos anteriores, sino que ofrecen su aporte específico en el conjunto de nuestra teología. Así lo muestran la actualización y el impulso reflexivo de las cátedras de Teología Moral y Teología Espiritual, tanto en el aspecto personal como en su realización social-comunitaria, y en particular, la reciente creación de la Especialización en Doctrina Social de la Iglesia.

Todo esto debía integrarse en *una propuesta formativa y pedagógica* que tuviera en cuenta las cambiantes condiciones y situaciones personales e institucionales que se entrecruzan en el mundo de la educación superior. La frecuente revisión, evaluación y adaptación de Planes y Programas, la promoción de docentes e investigadores, así como el desarrollo y crecimiento de los recursos humanísticos, cognitivos, técnicos y tutoriales a disposición de la comunidad académica atestiguan la integración de la dimensión pedagógica.

Nuestra peculiar tradición, además de integrar dimensiones del pensamiento o aspectos de la realidad, nos enseñó *sobre todo a integrar a las personas* y a los grupos, en un clima de respeto, diálogo sincero y adulto y corresponsabilidad en una misión común. No se trataba de lograr una convivencia pacífica que optimizara el trabajo, sino de una consecuencia y exigencia que brotan del corazón del Evangelio: si “Dios es amor”, debemos amarnos los unos a los otros como Él nos amó, porque “lo más grande es el amor”. Aprendemos el amor y aprendemos a amar tratando de amarnos concretamente: ésta es la verdadera sabiduría. Esto se advierte en la diversidad de personas que en esta casa formaron parte de sus cuerpos docente, directivo y administrativo y de sus alumnos, que hacen de ésta *una Facultad de teología de todo el Pueblo de Dios* – incluidos los laicos ¡y las mujeres! incorporadas originalmente – que se reconoce como un reflejo humilde pero real de su unidad católica; más aún, ecuménica. Mucho antes que comenzara el nuevo milenio, esta Facultad quiso ser “casa y escuela de comunión”, donde tantas personas encontraron cobijo y aliento, brújula y cauce para seguir sin desfallecer

en tiempos de incertidumbre y de gran zozobra. Como lo hace el mismo Dios en su Misterio personal, como lo pide la auténtica “espiritualidad de la comunión” no sólo pensada teológicamente, sino vivida teologalmente, es imprescindible integrar a las personas.

...

“¿Han comprendido todo esto...?”

Después de escuchar sus parábolas, ésta fue la pregunta de Jesús a sus discípulos (Mt 13,51). Su “sí”, con genuina ingenuidad, abre a una nueva parábola que ahora los incluye: “Todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los cielos es semejante a un patrón de casa que saca de su despensa *lo nuevo y lo viejo*” (Mt 13,52).

Con estas palabras finales, curiosas tanto por su forma abstracta como por el orden, que invierte la construcción normal y la valoración relativa según los cánones de la época, parece claro que Jesús propone *una integración* y establece *una prioridad*; y pensamos que ambas expresan *un criterio* para el discípulo. Surgen las preguntas: *¿Qué es lo nuevo y qué es lo viejo?*, *¿Cómo deben administrarse juntos?* Más que delimitar y jerarquizar apresuradamente, la imagen misma nos habla con fuerza: un patrón de casa, que conoce lo que tiene en su despensa, *sabe en el momento* qué debe disponer para quien corresponde. *¿Acaso no estaría Jesús aquí confiando* en que la experiencia del Reino que él comunica da al discípulo una *sabiduría para discernir*? Cierta tradición interpretativa ha reconocido en esta imagen un retrato del evangelista mismo en su trabajo. *¿No podemos, yendo más a fondo, percibir un aspecto de la propia experiencia de Jesús*, el único *Maestro*, del cual todos son discípulos siempre, más todavía cuando deben “hacer discípulos” a otros (cf. 28,18-20)? *¿Acaso no discierne él en el momento en que está frente a las personas lo que debe comunicarles, sin preocuparse de determinarlo como viejo o nuevo?* Sus discípulos han de aprender este arte supremo, y algunos han de dedicarse a él, por encargo suyo, para los demás.

En esta tradición de interpretación y discernimiento, que proviene del mismo Jesús enraizado en su pueblo Israel, se puede inscribir también nuestra tradición peculiar, nuestro estilo integrador. Como el escriba discípulo del Reino, que sabe lo que tiene en su despensa, pero sólo *discierne* lo que corresponde cuando debe disponerlo para quienes debe *servir*; *lo nuevo* en primer lugar, porque es a partir de ello que se determina *lo viejo*, que no queda eliminado, sino ofrecido con su verdad, valor y eficacia propios. *Lo nuevo* es dado escatológicamente en la historia. Irrumpe desde “lo alto”, desde “lo otro”;

pide ser recibido desde *lo viejo* para renovarlo desde sí mismo. Es, como todo auténtico crecimiento humano y cristiano, un proceso pascual, que no ahorra ninguno de sus pasos: encarnación, muerte y resurrección. Lo dinamiza, como lo hizo en Jesús, el Espíritu del Padre, según su designio de salvación y de gloria.

Sólo entrando —ya entrados— en este dinamismo pascual de la novedad del Evangelio será posible, creemos, lo que nos pide el Papa Francisco en su Carta. Sólo si nos embarcamos juntos en las “transiciones difíciles” —ya que en ellas estamos todos— podremos acompañarlas, también con nuestra teología. Sólo si no rehuimos los conflictos —porque nos alcanzan a todos— podremos hacernos cargo de ellos, también con nuestra teología. Nos reconocemos allí y desde aquí, en la periferia y en la encrucijada, desde América Latina, en lengua española y con acento argentino, ofrecemos también nuestra teología.

“Yo estoy haciendo algo nuevo, ya está germinando, ¿no se dan cuenta?” (Is 43,18), proclamaba ya el Santo de Israel a su pueblo en el exilio. Llegada la plenitud de los tiempos, Jesús resucitado anunciaba a sus discípulos *lo nuevo* que se dará *en la misión*: los creyentes “hablarán nuevas lenguas” (Mc 16,17), les prometía “Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20) y los comprometía enviándolos, “Ustedes son mis testigos” (Hech 1,8).

*Ustedes entonces; también nosotros, hoy.*

En cumplimiento del *Divinum Praeceptum* misionero de Jesús Resucitado [según el *Breve Fundacional* de 1915], crecidos el germen y el impulso de los inicios de nuestra Facultad centenaria, desde el corazón de la Iglesia evangelizada y evangelizadora para el mundo, también *nosotros somos una misión*.